HOMILÍA SOLEMNIDAD DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

Año litúrgico 2019 - 2020 - (Ciclo A)

Acabado el tiempo pascual, celebramos hoy este gran misterio de la Trinidad. Creemos en un Dios que es Padre, Hijo y Espíritu Santo. Tres personas diferentes, pero una misma Vida, un solo Dios.

Es éste un misterio importante para nuestra fe cristiana. Porque dice el Génesis, que estamos hechos a imagen y semejanza de Dios. Y si Dios es en esencia eternas relaciones de amor entre Padre, Hijo y Espíritu Santo, si Dios es comunión, familia, eso quiere decir que nosotros también estamos llamados a ser comunión, a ser con otros, para realizar nuestra esencia.

Hoy es un buen día para renovar nuestra adhesión al credo, que recitamos los domingos, después de la homilía, a veces sin fijarnos mucho en lo que decimos.

La estructura del credo es muy sencilla. Habla de cada una de las personas divinas y de lo que cada una de estas personas realiza.

Creo en Dios Padre Todopoderoso, creador del cielo y la tierra. El Padre es el Creador. Y lo crea todo por amor, gratuita y desinteresadamente. Él no necesitaba crear nada, porque en sí mismo ya lo tenía todo. Pero crea, no porque lo necesite, sino porque Él es así de bueno. Nos da la vida y la creación como un regalo inmerecido, a cambio de nada, solo porque nos ama.

¿Le damos gracias por el don de la vida? ¿Le damos gracias por las maravillas de la Creación que nos rodea? ¿Cuidamos y custodiamos la creación que nos ha regalado?

Creo en Jesucristo su único Hijo nuestro Señor. El Hijo procede del Padre y se encarnó en Jesús de Nazareth, por obra y gracia del Espíritu Santo. Gracias a Jesús, el Hijo de Dios hecho carne, humanidad, sabemos que Dios es Amor (1Jn4,8). Jesús viene al mundo para demostrarnos que Dios es como un padre que ama a todos sus hijos con locura. El mensaje de Jesús es que todos somos hermanos con igual dignidad porque somos hijos de ese mismo Padre Misericordioso y estamos llamados a convivir en paz y armonía y amarnos como Él nos ama. Es bueno recordar esto, en este tiempo donde asesinatos como el de George Floyd, entre otras muchas injusticias, nos avisan de lo lejos que estamos del proyecto del Padre, de ser toda la humanidad como una gran familia de hermanos que se aman y que se cuidan entre ellos. El racismo es radicalmente anticristiano, va contra el Reino que Dios quiere. Como cristianos tenemos el deber de combatirlo en todas sus formas.

¿Lucharemos y pondremos todo lo que esté en nuestra mano, para dejar que el Reino de Dios triunfe en todos los corazones, como hizo Jesús?

Creo en el Espíritu Santo. Que procede del Padre y del Hijo, como fruto de su Amor. Porque Padre e Hijo no nos han dejado solos. Después de la Ascensión de Jesús al cielo, Padre e hijo siguen acompañando nuestras vidas a través del Espíritu Santo, cuya fiesta celebrábamos el domingo pasado. El Espíritu es la Vida de Dios, que habita en nuestros corazones y quiere crecer, desarrollarse, hasta que seamos un fiel reflejo de Jesús, el Hijo Amado de Dios y el Hermano y amigo de todos.

¿Dejaremos que el Espíritu impulse y dirija nuestra vida? ¿Escucharemos su voz? ¿Le haremos caso?

Y ya para acabar, quisiera invocar la ayuda del Espíritu Santo, con esta oración:

“Espíritu Santo, infunde en nosotros la fuerza para ser fieles a los designios del Padre, para entender las palabras del Hijo, para respetar la Creación, para amar a nuestros hermanos, para cuidar a los más necesitados y para vivir en la oración la presencia de la Trinidad” (La misa de cada día, junio de 2020, pag. 47).

Mn. Antoni Reina